

EL DOCTOR SAMUEL GARCÍA
(IN MEMORIAM)*

POCOS PODRÁN olvidar al viejo Colegio de San Ildefonso, construido por los padres jesuitas en el siglo XVII, y que fue destinado, desde el triunfo de la República, en 1867, a la Escuela Nacional Preparatoria. Tampoco olvidarán sus patios, ni sus cuadradas columnas y arcos de piedra berroqueña.

Muchas generaciones de inquietos estudiantes han pasado por sus aulas y corredores.

En ese vetusto edificio conocí, el año de 1916, al doctor Samuel García cuando yo estudiaba lógica y sicología. El maestro había pasado de la madurez de edad. Era su estatura, más baja que la mediana; los cabellos eran blancos, peinados cuidadosamente hacia atrás; la tez morena. El bigote blanco cubría la sonrisa bondadosa. Tras los limpios espejuelos, sostenidos por delgados arillos de oro, dirigía tranquila y escrutadora mirada. Vestía y calzaba cuidadosamente.

Era una mezcla feliz y proporcionada de pulcritud y de modestia, de elegancia y sencillez, de rigidez y bondad.

Su puntualidad para impartir sus lecciones era proverbial. Medía su tiempo con un hermoso reloj de oro, con dos tapas, que después de separado de una fina cadena, lo colocaba sobre el pupitre, para marcar, con precisión, el principio y fin de una clase, o los minutos de duración de un interrogatorio en el examen.

A las ocho de la mañana, en punto, sonaba la clamorosa y vieja campana. Don Samuel penetraba al *Aula Justo Sierra*, y cuando reinaba absoluto silencio entre los alumnos, iniciaba sus lecciones, con su frase acostumbrada: "Dice William James..."

* Nota leída por su autor en la sesión ordinaria del 13 de marzo de 1963, con motivo de la colocación del retrato del Dr. Samuel García en la Galería de Presidentes de la Academia Nacional de Medicina.

Muchos años después, cuando ya de avanzada edad desempeñaba con tino y energía el cargo de director de su querida Escuela Nacional Preparatoria, en discurso improvisado, y después de un banquete, organizado en su honor, decía estas palabras que por sí solas explican su manera de ser:

“Constituimos, los profesionistas, los maestros, los universitarios, una aristocracia. Mas no la aristocracia de la sangre, porque no somos arios puros, y sobre todo, porque somos demócratas; ni la aristocracia del dinero, porque la Universidad es pobre y nosotros también. Constituimos la aristocracia del pensamiento.”.

Era la idea de los hombres de su tiempo. Ya el maestro Justo Sierra había clamado, en ocasión inolvidable, el mismo pensamiento: “Sois un producto de selección escogido dentro de la substancia popular, encargado de realizar un ideal ético y social encerrado en estas palabras: Democracia y Libertad”.

Don Samuel, el atildado caballero, el distinguido maestro, era un producto de selección escogida dentro de la substancia popular y había de contribuir a que se realizara dentro de su campo, un ideal ético y social.

Porque nació en Jalapa el 5 de marzo del año de 1862, de trascendencia para México y para América, sesenta días antes de aquel gran acontecimiento histórico que en fecha reciente se ha conmemorado, Jalapa es como otras ciudades de Veracruz, sitio de imborrables recuerdos.

Los padres de Samuel fueron don Marcos García, obrero textil y doña Delina Rodríguez.

El tiempo y el lugar fueron pues, propicios para que el futuro maestro pudiera llegar, con los años, a ser producto de selección surgido dentro de la substancia popular.

Jalapa fue ciudad donde al amparo de la fértil tierra y la tranquila paz provinciana se desarrollaba una educación esmerada para la juventud de entonces. En la misma Jalapa, pocos años después, Enrique Rébsamen formó una legión de brillantes y abnegados maestros que fueron los apóstoles de la enseñanza elemental en nuestro país. Los educadores de la Escuela Normal de Jalapa, formaron las raíces de la Escuela Normal de México.

La Escuela Preparatoria de Jalapa fue almáximo de futuros intelectuales. En ella, el joven García, después de ser maestro de matemáticas, obtuvo una pensión del Gobierno del Estado de Veracruz, para llevar a cabo sus estudios de Medicina. Vino a la ciudad de México, y viviendo en la casa número uno, de la calle de la Pulquería de Palacio (hoy 1a. de la Soledad), casa de su tutor, don Joaquín Rodríguez, ingresó a la Escuela de Medicina (entonces dirigida por el Dr. Francisco Ortega) el 31 de enero de ese año de 1881.

Sustentó su examen profesional los días 25 y 26 de junio de 1886, ante el jurado constituido por los doctores Manuel Carmona y Valle, Joaquín Vértiz, Tobías Núñez, Ramón Macías y Manuel Gutiérrez Zavala.

Después de veinte años de ejercer la Medicina en su ciudad natal, en cuya Escuela Preparatoria desempeñó el cargo de profesor de Psicología y de Lógica, regresó a la ciudad de México, donde destacaban en el campo profesional y científico, el Dr. José Terrés, su compañero de aulas, y un grupo de afanosos discípulos de este último.

No concebía don Samuel García ejercer la Medicina en función de una "profesión liberal". Repartía su tiempo con sistemática exactitud, entre sus labores docentes y médicas, y por las noches, en la intimidad del hogar, en el cultivo de la buena música.

Era médico de una importantísima compañía de seguros, cargo que no puede confiarse, sino a quien posee recto sentido clínico; responsable y completa calma; sólida cultura médica; urbanidad con dignidad, y una moral en toda prueba. En la Escuela Normal para señoritas impartía las interesantes asignaturas de Psicología y de Lógica; si la primera es parte de la fisiología, la segunda toma parte de la filosofía.

No está por demás recordar lo que dijo en cierta y solemne ocasión don Justo Sierra: "Una figura de implorante, vaga hace tiempo en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial; la Filosofía. Nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abren las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conducto al pensamiento humano ciego a veces... esa implorante es la Filosofía; una imagen trágica, que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija, lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno".

Don Samuel García admiraba a esa figura implorante, y la admiraba con ese ardor, que su preparación científica y positivista le hacía disimular.

Desde que al triunfo de la República se había implantado el positivismo de Comte por Gabino Barreda, y la educación superior se comprendía en un cuadro de estudios que comenzaba por las matemáticas y terminaba por la sociología. El sistema filosófico había envejecido, pero los médicos o mejor dicho, muchos médicos, entre otros Terrés y sus discípulos adoptaban la dialéctica comtiana en la discusión de los problemas clínicos, sanitarios, docentes y en los relativamente escasos de la investigación científica.

Cuando don Samuel García fue nombrado profesor de Lógica y Psicología, en la Preparatoria, tanto en su enseñanza y en el libro de texto que escribió, se opone al positivismo "ortodoxo", ya para entonces atacado por Bergson en Francia y por Antonio Caso, en México.

Ingresó a la Academia el 9 de febrero de 1910, previa lectura de su trabajo "Relaciones del Médico con el Seguro de Vida y responsabilidad que pudiera incurrir al respecto". El trabajo, pudo ser considerado entonces de limitado interés, pero, después de medio siglo, la seguridad social se ha extendido conside-

rablemente, y por lo tanto, el trabajo del doctor García debe ser considerado como básico.

De su digna y ecuánime labor en la Academia, se ocupó ya el Dr. Miguel Bustamante en luctuosa ocasión, pero bueno es recordarle como Presidente de nuestra Sociedad en los años de 1915 y 1916, años angustiosos en nuestra historia. La situación política era confusa, y más que confusa, anárquica. Las luchas armadas entre diversos grupos eran sangrientas. El pueblo padecía hambre y desnutrición. Sufrió las epidemias de tifo, tifoidea, viruela y disentería. La Academia continuaba trabajando con asiduidad bajo la dirección de su puntual Presidente.

Desde 1917 don Samuel, fue profesor de Terapéutica Médica en la Escuela de Medicina. La enseñanza era netamente teórica, ni podría ser entonces de otro modo. Faltaban elementos para la enseñanza de Farmacología basada en el laboratorio, pero sería innoblemente injusto censurar al profesor, que como tantos de su época, no podía hacer otra cosa que hacer trabajos de síntesis de lo hecho en otras partes, y transmitir a sus alumnos con desinteresado empeño, los resultados de sus estudios.

Hoy no se concibe la enseñanza de la terapéutica médica, sino con firmes bases farmacológicas, y ésta a su vez con buena práctica en las técnicas de laboratorio. Pero entonces, a falta de experimentación, se recurría a la dialéctica y a su vez no se acudía a los trabajos de laboratorio, porque los "hombres prácticos", que nunca faltan, consideraban que las prácticas de laboratorio eran inútiles para el estudiante. Hoy día, las normas han cambiado, pero esto es debido a un letno proceso.

En 1925 el profesor de Fisiología, doctor Fernando Ocaranza, había llegado a ser director de la Escuela de Medicina, e iniciaba una serie de trascendentales reformas. En la clase de Terapéutica Médica, en vez del didáctico pero anticuado libro de Manquat, se adopta el de Paul Carnot; fue entonces cuando ingresé al cuerpo docente de la Facultad, como ayudante del doctor García, en su clase de Terapéutica.

Me es gratamente emotivo recordar la caballerosidad del anciano. El doctor José Joaquín Izquierdo pugna por que se amplíen en el laboratorio las disciplinas fisiológicas.

En 1933, en poco más de un año el director Ignacio Chávez, lleva a cabo el más importante impulso logrado hasta entonces en las ciencias básicas. Viejos salones se convirtieron en cómodos laboratorios. La Farmacología Experimental se implantó, por razones del momento; si bien queda incluida en el cuadro de estudios, los trastornos del momento hacen que queden en suspenso.

En el año de 1939 tocó a los Dres. Ramón Pérez Cirera y Francisco Fernández del Castillo iniciar la nueva disciplina de la Farmacología, y cuando la

Facultad se trasladó a la Ciudad Universitaria, la cátedra contaba con suficientes elementos para la enseñanza de laboratorio.

No fue el doctor García quien se opusiera a semejante renovación. Antes bien, a cada nuevo paso que se daba, manifestaba su satisfacción e interés. Como que el respetado maestro, cuya vida se extinguió lenta, muy lentamente, como lámpara que ilumina hasta sus últimos momentos, comprendía al maestro Justo Sierra, cuando dijo:

“Los fundadores de la Universidad de antaño decían: La verdad está definida, enseñadla. Nosotros decimos a los universitarios de hoy: La verdad se va definiendo: buscadle.”

DR. F. FERNÁNDEZ DEL CASTILLO